

¡Soldados de la patria no apunten contra el pueblo! El Partido Comunista Argentino en vísperas del golpe militar (1975). Natalia Casola *



Resumen

Desde comienzos de 1975 y hasta fines de 1982, el Partido Comunista Argentino (PCA) fue impulsor de la política de “convergencia cívico militar” o “gobierno de amplia coalición democrática”. Una de las preguntas aún no resueltas por la investigación refiere, precisamente, a las causas que lo llevaron a confiar en un sector de las Fuerzas Armadas y a adaptarse a una de las dictaduras más cruentas de la historia Argentina.

El presente artículo no pretende resolver en forma acabada este interrogante, sino aportar en la comprensión del origen de esa política tal como fue presentada en 1975, teniendo en cuenta tanto las bases teórico programáticas que le daban sustento, como los elementos presentes en la coyuntura previa al golpe.

Palabras clave

Partido Comunista Argentino, Frente Democrático Nacional, Convergencia cívico militar, Fuerzas Armadas, peronismo.

Mother land soldiers don't aim against your people! The Argentine Communist party on the eve of the military coup (1975).

Summary

From early 1975 until late 1982, the Argentine Communist Party (PCA) forwarded the slogan "civic-military government" or "broad democratic coalition government". One of this research-work's questions refers precisely to the causes that led the Communist Party to rely upon one sector of the armed forces and adapt to one of the bloodiest dictatorships of Argentina's history.

The present article while it does not attempt to present a resolute answer to this question, it aims to pay a contribution to the comprehension of the origin of the slogan as it was presented in 1975, considering both its theoretically programmatic grounds which supplied its sustenance, as well as the junxture-situation elements prior to the coup.

Key Words

Argentine Communist Party, National Democratic Front, Convergence civic military, Armed Forces, Peronism.

* Facultad de Filosofía y Letras (UBA) – Becaria Conicet



Introducción

Desde comienzos de 1975 y hasta fines de 1982 el Partido Comunista Argentino (PC) fue impulsor de la política de “convergencia cívico militar” o gobierno de amplia coalición democrática, como el medio más idóneo para desbaratar las pretensiones de poder promovidas -en su visión- por los sectores de las Fuerzas Armadas de tendencia “pinochetista” y “gorila”, en contraste con los objetivos de los sectores “democráticos” o “legalistas” con los que se esperaba poder acordar algún tipo de salida intermedia al gobierno de Isabel Perón hasta la finalización de su mandato. Esta propuesta continuó siendo sostenida durante la dictadura militar. El argumento consistía en aprovechar las divisiones al interior de las Fuerzas Armadas favoreciendo a aquellos sectores que expresaran voluntad de normalizar la vida política e incorporar a los partidos políticos en alguna instancia de cogobierno; en su opinión, Videla encarnaba la cabeza de aquella fracción.

Con todo, debe distinguirse entre dos etapas: la de su elaboración a comienzos de 1975 hasta el golpe en marzo de 1976; y la de su mantenimiento a lo largo de la dictadura hasta fines de 1982. En la primera etapa, el llamado a la formación de una coalición era pensado como una alternativa defensiva, tanto al gobierno de Isabel como a los sectores que proponían el golpe de Estado. En cambio, desde 1976 el mantenimiento de esta política, expresada como apoyo a la fracción “politicista”, resulta más difícil de interpretar, si se tiene en cuenta que la unificación institucional de las Fuerzas Armadas detrás del objetivo de exterminio a la “subversión”, eliminaba cualquier duda a propósito de la existencia de sectores democráticos o moderados en el gobierno.

El presente artículo se detiene en el análisis de la primera etapa con el propósito de encontrar los elementos presentes en la estrategia política, sin los cuales, resulta imposible comprender la predisposición a la creación de expectativas sobre las tendencias en disputa en las Fuerzas Armadas y a convertir en línea política, los datos proporcionados por la inteligencia del partido. Para ello se desarrollan tres elementos: por un lado, los antecedentes históricos y políticos de la política de “convergencia cívico militar” cuya base se encontraba en la concepción del Frente Democrático Nacional.

Por otro, serán examinadas las lecturas realizadas en la coyuntura previa al golpe militar de 1976 con el propósito de contribuir al esclarecimiento sobre el origen de la decisión de apoyar a la fracción Videlista; en este punto se incorpora el análisis que el PC Chileno hace sobre las causas de la derrota de la Unidad Popular en 1973 y su influencia sobre los comunistas argentinos.

Finalmente, se da cuenta de las principales actividades realizadas durante 1975 destacando los distintos niveles de relación entre el partido y las Fuerzas Armadas, pero también la cohesión interna con que fueron llevadas adelante por la militancia lo cual permite demostrar que la convergencia con los uniformados no era una concepción ajena a ella, esclareciendo, inclusive, las raíces de la aceptación de la “línea” bajo la dictadura militar.

La convergencia cívico militar como construcción histórica

El origen histórico de la concepción que el PC tenía sobre las Fuerzas Armadas se encuentra en la propia experiencia de la Revolución Rusa, resaltando el papel de las mismas en el derrocamiento del régimen zarista y en el triunfo de los bolcheviques. Desde entonces, primaba la





idea de intervenir entre los suboficiales con el objetivo de desarrollar planteos clasistas que, llegado el momento de la insurrección, sirviesen para volcar a estos sectores a favor del pueblo.

Sin embargo, la asunción de la estrategia de *Frente Democrático Nacional* “antioligárquico, antiimperialista, de todas las fuerzas progresistas y patrióticas”¹ modifica el modo en que es abordado el trabajo con las Fuerzas Armadas. Esta definición, asumida desde 1935 con la incorporación de los postulados de Dimitrov en cuanto al *Frente Popular Antifascista* y la concepción “etapista” de la revolución social, es decir, la idea según la cual en los países oprimidos era posible separar la etapa de la revolución democrática de la revolución socialista, es la base para comprender los sucesivos posicionamientos políticos desde entonces.

El PC sostenía que en los países atrasados o “semifeudales”, la tarea de los comunistas consistía en impulsar la etapa de la revolución democrática: desarrollar el capitalismo, introducir la reforma agraria, fortalecer la burguesía nacional y, por lo tanto, el crecimiento del proletariado. De este modo, el Partido Comunista en los países atrasados se convertía en defensor del desarrollo capitalista.

La concepción de revolución democrática convertida en objetivo estratégico será complementada con la política de *frente popular antifascista* ó alianza con sectores de la burguesía “progresista”, que por esta vía es transformada en el sujeto directivo de la revolución junto a una clase obrera, escasamente desarrollada y a la espera de su turno en la historia.

Derivación de esta concepción acerca de la revolución, es la idea de que las Fuerzas Armadas podían desempeñar un rol progresista si eran

¹ Codovilla, V (1964) *Una trayectoria consecuente, Tomo IV*. Buenos Aires: Editorial Anteo, p. 91

incorporadas a la alianza o coalición de fuerzas democráticas, sustituyendo incluso a la burguesía nacional cuando esta se mostrase incapaz de desarrollar las tareas de la revolución democrática. Ya en el X Congreso partidario en 1941, Vitorio Codovilla llamaba a la unidad con los militares patriotas y a reforzar la defensa nacional con la construcción de una industria básica e independiente.²

En consecuencia, el viraje doctrinario producido en 1935 modifica substancialmente la manera en que son abordadas las Fuerzas Armadas: si originariamente se privilegiaba el desarrollo partidario entre la suboficialidad, apelando a la identificación de este sector con la clase trabajadora, desde entonces –sin abandonar completamente el trabajo entre los sectores inferiores de la jerarquía- se priorizará la labor con los oficiales de acuerdo con una visión que enfatizaba en la necesidad de producir cambios en la orientación institucional de las mismas, contrarrestando su transformación en “partido” de la oligarquía. Para lograrlo, se convocaba a que los oficiales democráticos se sumasen a un proyecto político de unidad nacional, democrático y antiimperialista. De este modo, el PC no se proponía, a partir de una matriz clasista, enfrentar a los militares con los objetivos de su institución, (administrar la violencia del Estado capitalista), sino insuflar la idea de que la verdadera defensa de la patria exigía la unidad nacional en función del combate contra el imperialismo, la oligarquía y el fascismo que impedían el desarrollo del país.

El programa de los oficiales comunistas debía ser entonces la democracia y el progreso, y si había un lugar clave donde derrotar las tendencias fascistas, ese era las propias Fuerzas Armadas. En el relato nacional del PC, las Fuerzas Armadas se habían debatido, desde

² Fava, A. (1982), *¿Qué es el Partido comunista?* Buenos Aires: Sudamericana, pp. 41 y 42





siempre, entre estos dos grandes emplazamientos, *democracia-progreso vs. Fascismo-atraso*.

Por esta vía, se subordinaba la realidad a un enfoque político en el que los múltiples alineamientos y enfrentamientos al interior de las Fuerzas Armadas, ya sea por razones ideológicas, de jerarquías o de arma, eran reducidos a uno de estos dos agrupamientos, en donde el sector progresista cobraba siempre envergadura como resultado de la orientación -entre bambalinas- de la labor proselitista, especialmente sobre el sector fluctuante, vacilante, pero determinante en las horas definitivas.

De ahí que en los numerosos conflictos fraccionales que atravesaban a las Fuerzas Armadas el PC sistemáticamente elegía entre un bando u otro determinando cuál era el “enemigo principal”.

En consecuencia, primaba una visión que podía desplazarse con facilidad hacia posiciones que llamaremos “posibilistas”, cuyas consecuencias se pondrán en evidencia hacia 1975 –y más especialmente desde 1976- con la convocatoria a un gobierno de coalición cívico militar que, a partir de aceptar la intervención militar como un hecho ineludible, se proponía correr a las tendencias “duras”.

Ya durante la crisis entre azules y colorados en 1962 y 1963 el PC se posicionaba en favor de los primeros a pesar del explícito anticomunismo de ambas facciones. Durante ese año Codovilla distingue entre tres grupos: los colorados o gorilas antidemocráticos; los azules, partidarios de una democracia controlada y los nasseristas con una visión popular con quienes era posible establecer un trabajo común. El objetivo entonces era el de desplazar a los sectores gorilas (el enemigo principal) y trabajar por el desarrollo de la corriente democrática aliándose con los segundos y los terceros. En función de

este objetivo, en 1962 crean la Unión de Oficiales Democráticos Argentinos Lautaro. Aunque todos nuestros entrevistados incluyendo, entre otros, al actual Secretario General del partido Patricio Echegaray, han corroborado la existencia de dicha corriente, no es posible tener certeza sobre el grado de penetración que consiguió entre la oficialidad, la naturaleza secreta de su actividad no facilita el acceso al conocimiento de su funcionamiento y estructura. Sin embargo, su existencia misma da cuenta de la relevancia que el PC otorgaba al trabajo con los militares. En relación al sector “nasserista” impulsaban una alianza con MODEPANA (Movimiento de Defensa del Patrimonio Nacional), una organización constituida hacia 1964 por políticos radicales, socialistas y más tarde por sindicalistas de la CGT de los Argentinos, a través del general Carlos Jorge Rosas, notable rival de Juan Carlos Onganía y según Isidoro Gilbert, incorporado orgánicamente al Partido Comunista³ desde aquellos años. De igual modo cultivaron relaciones con el general de División Juan E. Guglielmelli, Director de la revista *Estrategia* (fundada en 1969) de ideas desarrollistas. En los materiales teóricos del partido solía incluirse sus aportes.

Pero el “aliado táctico” resultó tener mucho en común con el enemigo principal. Tal fue la desilusión de los comunistas en ocasión del golpe de 1966 hegemonizado por el sector azul.

Sin embargo, la definición de la política de alianzas continuó siendo marcada por la determinación de un “enemigo principal” y de la visión “posibilista” produciéndose una interesante paradoja: mientras el PC bregaba por la democratización de las Fuerzas Armadas en el marco de un programa de defensa del orden constitucional, favorecía y

³ Véase Gilbert, I, (1993), *El oro de Moscú*. Buenos Aires: Sudamericana.





fomentaba su politización e intervención política, colaborando a la postre, en la elevación de los niveles de *autonomía militar* alentando y legitimando la proyección de los uniformados en la política⁴.

Pero si la posición *profesionalista*⁵ no era dominante en la concepción del partido ¿Acaso los militares en todos los casos debían subordinarse al poder civil? El aliento a la participación militar en la vida política así fuese en un frente antiimperialista ¿no abría la posibilidad para que, llegado el caso, el PC apoyase un golpe militar si este era dado por militares progresistas? El apoyo a la experiencia peruana de Velazco Alvarado en 1968 y a los militares portugueses que protagonizaron la llamada “Revolución de los claveles” en 1974, parecería sugerir una respuesta afirmativa.

En esa dirección, el XX Congreso del PCUS⁶ de 1956 desarrollaba la idea sobre la variedad de formas de paso al socialismo según las particularidades de cada país. Si bien se hacía hincapié en la “vía pacífica” y parlamentaria al socialismo sin insurrección armada ni guerra civil, la habilitación de múltiples formas de tránsito al socialismo no podía descartar el potencial apoyo a un golpe militar de características populares. En el caso portugués, sin embargo, el PCP decide apoyar la acción militar del MFA (Movimento das Forças Armadas) e incorporarse al Primer Gobierno Provisorio en apego a la vía pacífica, proponiéndose, mediante una amplia política de alianzas evitar el camino de la guerra civil.

⁴ Para profundizar sobre el concepto de *autonomización* véase, López, E. (1994) *Ni la ceniza ni la gloria, Actores, sistema político y cuestión militar en los años de Alfonsín*. Buenos Aires: UNQUI.

⁵ Para profundizar sobre el concepto de profesionalismo véase, Huntington, S (1957) *The Soldier and the State: the theory and politics of civil-military relations*, Cambridge, Mass.

⁶ Partido Comunista de la Unión Soviética

La coyuntura de 1975

1975 no fue un año más. Desde el punto de vista del presente artículo, interesa detenernos en él en la medida que marca el momento de emergencia de la controvertida política de “coalición cívico militar” por parte del PC. Pero situados en un nivel más general, 1975 (en la medida que no veamos en él una simple antesala de la dictadura) interesa porque permite descubrir la trama de relaciones civiles y militares que durante los tres años de gobierno peronista, se involucraron en la creación de un *“entramado complejo de prácticas legales e ilegales en las cuales la noción misma de legalidad pierde sentido comprensivo e histórico (aunque no analítico)”*⁷; legado que será recogido y desarrollado por el gobierno militar a partir del 24 de marzo de 1976.

Si bien el PC no formaba parte de los sectores civiles favorables al avance del entramado represivo, sin lugar a dudas y a partir de una versión propia, se articuló (abriéndole paso) con la circulación de un discurso represivo que estaba instalado en amplios sectores políticos y sociales. En primer lugar, caracterizando que los partidos políticos tradicionales, sectores de las iglesias, los sindicatos y especialmente la fracción “profesionalista” de las Fuerzas Armadas conformaban un bloque democrático y constitucionalista. De esta manera colaboraba en la invisibilización del entramado cívico militar que acompaña la creación de consenso alrededor de soluciones de fuerza frente al “caos” y la violencia; en segundo lugar, legitimando la represión sobre las organizaciones armadas a partir de una delimitación que las colocaba “fuera de la ley” y por lo tanto pasibles de ser “sancionadas”. En contraposición el PC pretendía presentarse a sí misma como el modelo de la “buena izquierda”, responsable ante las instituciones aun cuando aquellas habían desdibujado su marco de acción.

⁷ Franco, M. (2009) “La “seguridad nacional” como política estatal en la Argentina de los años setenta” en Antítesis, vol. 2, n° 4, jul.-dic. p- 858 disponible en línea: <http://www.uel.br/revistas/uel/index.php/antiteses>





El PC y la interna militar: de Carcagno a Videla

A principios de 1975 el PC comienza a caracterizar que en la Argentina empezaban a existir condiciones que indicaban el derrumbe político del gobierno y la posibilidad de su reemplazo por un golpe de Estado de tipo “pinochetista”. Pese a la agudización de los conflictos obreros, no estimaba que fuera posible una salida revolucionaria a la crisis, o más aun, que la crisis fuera el reflejo del agravamiento de los enfrentamientos de clase.

Por el contrario, sostenían que la solución golpista solo podía frenarse mediante un frente multisectorial formado por partidos políticos, sectores de la Iglesia y de las Fuerzas Armadas con el objetivo de normalizar la vida política y evitar la caída del gobierno a manos de los militares “pinochetistas” y “gorilas” que venían operando en su interior.

En este punto, es preciso realizar una aclaración: hacia 1975 gran parte del arco político aspiraba a resolver la crisis política a partir de la concreción de alguna variante de cogobierno civil y militar que permitiera avanzar hacia un proceso de legalización de la represión interna sin que implicara una ruptura del orden constitucional. En este sentido, importa distinguir entre estas propuestas y la de “convergencia cívico militar” del PC tanto por lo que tienen en común como por lo que tienen de diferente.

Si para la mayor parte del arco político (especialmente el radicalismo pero también el peronismo) la violencia de la izquierda justificaba la violencia de la derecha (que en la medida que debía ser monopolizada por el Estado abría el resquicio necesario para el planteo de cogobierno con los militares), para los comunistas, no se trataba de institucionalizar la represión (en todo caso llevarla al mínimo desplazando las tendencias más duras), sino de evitar un golpe de Estado comprometiendo a la mayor cantidad de fuerzas políticas y

sociales posibles en una alianza en pos de la defensa del orden constitucional. En su visión, la violencia de la “ultraizquierda” era tan repudiable como la de la derecha:

“Mientras hay quienes adoptan poses de aparente neutralidad o se conforman con gritos destemplados sobre la violencia, o se limitan a atacar a la ultraizquierda silenciando en un acto de complicidad a la ultraderecha fascista, nuestro partido ha venido cumpliendo consecuentemente su labor esclarecedora. Teórica y políticamente hemos combatido el terrorismo, cualquiera sea su signo”⁸

De cualquier modo, el acento en la necesidad de regular el conflicto social mediante la búsqueda de consensos y la condena abierta hacia la actividad de la “ultraizquierda”, a la postre fue convergiendo con los sectores civiles que solicitaban una represión decisiva sobre estos sectores, facilitando el camino de la cohesión militar. Esta delimitación respecto de la llamada “ultraizquierda” se acentuará en el periodo de la dictadura, durante el cual el PC apostará a la preservación del partido manteniendo distancia respecto de cualquier argumento que pudiera confundirlos con la guerrilla.

Pero, tal era la importancia dedicada a la contienda política entre los militares, sin los cuales los comunistas no concebían un frente victorioso, que el semanario *Nuestra Palabra*, contaba con una columna especial dedicada al análisis de sus movimientos. La lectura de estas secciones y su evolución a partir de 1973 permite, entonces, comprender los fundamentos del apoyo a la fracción “videlista”.

La asunción de Jorge R. Carcagno como Comandante en Jefe del Ejército durante el breve gobierno de Héctor Cámpora en el otoño de 1973, había sido festejada por el PC como el mayor avance en años de la influencia democrática, y como la oportunidad cierta de dar un vuelco

⁸ Nuestra Palabra, 2da Época, Año II, N° 83, Buenos Aires, 19 de febrero de 1975.





extraordinario en la orientación institucional seguida por las Fuerzas Armadas. En el mes de octubre, en ocasión de la X Conferencia de Ejércitos Americanos, Carcagno había ofrecido un discurso en el que impugnaba la Doctrina de la Seguridad Nacional impulsada por el Pentágono y denunciaba a las transnacionales y el endeudamiento externo. Pero su radicalización política comenzaba a desentonar con la orientación ideológica impulsada por el gobierno del General Perón que en diciembre de 1973 decidió destituirlo. Este desplazamiento, sin embargo, no alcanzaba a ensombrecer las ilusiones creadas sobre la nueva etapa. La asunción del Teniente General Leandro Enrique Anaya sería leída por el PC como una continuación –aunque más moderada– de la política de su predecesor.

Sin embargo, el cuadro político se enrarecía aceleradamente: la desatada lucha al interior del peronismo y el ascendente proceso de radicalización obrera, ponían en evidencia que la capacidad de Perón para contenerlo era cada vez más limitada, exigiendo un cambio de orientación.

A fines de 1973, Perón había concretado junto a la totalidad de los gobernadores provinciales la creación del Consejo de Seguridad Nacional que avanzaba en la centralización de la acción policial y de las fuerzas de seguridad nacional y provinciales.

Su muerte en julio de 1974 y el proceso de conflictividad política abierto comienzan a colocar una vez más en el centro del debate la salida del gobierno y la posibilidad de golpe de estado.

El avance represivo reconoce un nuevo salto a partir del Decreto N° 261 del 5 de febrero de 1975 que permitía la intervención directa de las Fuerzas Armadas en la provincia de Tucumán. Con el Operativo Independencia se establecían los primeros centros clandestinos de detención.

Sin embargo, el PC no advertía que la contienda militar reconocía como límite la unificación en pos de la eliminación del enemigo subversivo, reactualizándose la vieja disputa que comenzaba a saldarse a favor del sector “colorado” fervientemente anticomunista y antiperonista, que reaparecía bajo el mote del profesionalismo prescindente. Los comunistas, en cambio, temían por el avance de los militares “integrados” los cuales parecían minar el funcionamiento de las instituciones democráticas desde “adentro” del gobierno. Militares como Numa Laplane –sucesor de Anaya desde mayo de 1975, eran denunciados por su aval al gobierno y a través de este, del accionar terrorista de las bandas paramilitares.

Por el contrario, la posición pública que desde entonces asumirán Videla y Viola, como militares “legalistas”, los convertía en potenciales aliados. La propuesta de “coalición cívico militar”, reflejaba entonces el deseo de conformar una alianza defensiva que los desplazaba al terreno del “posibilismo” y a tomar partido por la que consideraban la opción más moderada.

La caracterización del lopezreguismo y sus aliados militares, y en el otro extremo de los sectores “duros” dispuestos a dar el golpe, como los “enemigos principales” por un lado, y por otro, la confianza en la decisión del sector videlista de subordinarse al poder civil, era lo que posibilitaba que desde las páginas de *Nuestra Palabra* pueda decirse que:

Desde hace algunos años el pueblo y las fuerzas armadas han sabido encontrar diversidad de formas y grados de coincidencia. Tal vez la más relevante por su forma y contenido haya sido la lucha contra la expresión fascizante del lopezreguismo –en lo que se diera llamar tácito acuerdo cívico-militar-con las masas en la calle y el asentimiento militar a las luchas populares. A este proceso de reencuentro se suma la democratización y toma de conciencia que se sigue operando entre el personal militar.





Ante este estado de ánimo de las fuerzas armadas (...) los sectores gorilas tratan de reagrupar sus fuerzas y reubicar sus objetivos, contando con el sostén de la CIA. Su táctica consiste en desdibujar al enemigo poniendo en primer plano la lucha contra la subversión (...) con el propósito de (...) poner distancia al proceso de reencuentro pueblo-fuerzas armadas.⁹

Sin embargo, lejos estaba la realidad de aquella imagen construida por el partido. Como dicen los analistas y biógrafos de Videla, María Seoane y Vicente Muleiro,

“El militarismo supuestamente despolitizado, el profesionalismo ascético de Videla, con una foja de servicios intachable, consistía en la negación del sistema de político y de la sociedad civil como instancia superior o, siquiera, como interlocutora central del poder militar. Videla despreciaba a los “profesionistas integrados” que lo habían precedido en la jefatura del Ejército, porque esa postura reconocía la subordinación del poder militar al poder civil, aunque el poder militar tuviera la facultad de árbitro... Su no a la política no era un no al poder político del Ejército: era un no al sistema de partidos políticos que democratiza la política a través del voto.”¹⁰

Durante el crítico mes de agosto, acorralado, Numa Laplane propuso la “bordaberrización”, es decir una variante de gobierno cívico militar en la que la Presidente debía gobernar bajo la supervisión de las Fuerzas Armadas. El sector encabezado por Videla y Viola se opuso, consiguiendo entonces, el desplazamiento de Laplane y dejando el camino allanado para la asunción de Videla.

⁹ Nuestra Palabra. Segunda Época, año II, n° 114, 24 de septiembre de 1975, p. 7 en Cernadas, J. y Tarcus, H. (2007) “Las izquierdas argentinas y el golpe del 24 de marzo de 1976. Una selección documental”, Políticas de la Memoria, verano, N° 6/7, p. 33

¹⁰ Seoane, M; Muleiro, V. (2001), *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires: bolsillo, p. 33

Durante aquellas jornadas Viola se transformaba en la pieza clave en las relaciones sostenidas con la civilidad reuniendo los consensos necesarios entre las distintas fuerzas políticas, especialmente en el peronismo para que terciaran a favor de Videla y contra Laplane.

En el transcurso de la licencia presidencial, siendo Ítalo Luder Presidente provisional firma el decreto 2772 que extendía el Operativo Independencia al resto del país.

Desde ese momento el golpe estaba decidido, solo debían esperar el momento indicado. El instante preciso dependía de la certeza de que la interrupción del orden constitucional no presentaría resistencias decisivas.

La “medición de fuerzas” sobrevendría en diciembre de 1975, cuando comandados por el brigadier Jesús Orlando Capellini, con base de operaciones en la VII Brigada Aérea en Morón, se rebelaba un grupo de oficiales aeronáuticos bajo la exigencia de que el gobierno dimita y que el Comandante en Jefe del Ejército, general Videla, se hiciera cargo del ejecutivo. La respuesta de la población fue pobre dejando en claro a los militares cual sería el escenario llegado el verdadero momento.

En esas jornadas Videla difundió un radiograma en donde expresaba: *“El suscripto no comparte la solución propuesta. No obstante, se reclamará a las instituciones responsables y en nombre de los supremos intereses de la República, que actúen rápidamente en función de las soluciones profundas y patrióticas que la situación exige.”*¹¹

¹¹ Clarín 20/12/75 en Guerrero, A, (2009) *El peronismo armado*. Buenos Aires: Norma p. 542





Este rechazo de Videla a la sublevación de Capellini, fue entonces interpretada por el PC (aunque no solo por él) invariablemente como la comprobación de que con el sector encabezado por aquel, era posible establecer algún tipo de negociación.

Hasta el 24 de marzo de 1976, los comunistas siguieron apostando a la conformación de un gobierno de coalición que resolviera institucionalmente la crisis política, aislando a los sectores “extremistas” tanto de la derecha como de la izquierda. Nada de ello sucedió.

La lucha por la “convergencia cívico militar” como alternativa al golpe

Los años sesenta y setenta fueron intensos desde el punto de vista del esfuerzo partidario para desarrollarse entre las Fuerzas Armadas. No solo habían conseguido desde 1962 montar una corriente propia, la Unión de Oficiales Democráticos Argentinos, Lautaro, conformada por militares de carrera, sino que el conjunto del partido de un modo u otro se vio envuelto en esta tarea.

Boletines, libros y biografías como las del periodista e historiador Plácido Grela que destacaban personalidades del mundo de la oficialidad, eran publicadas y dirigidas a la propaganda entre los militares, especialmente entre los oficiales. Estas publicaciones, perseguían por finalidad demostrar la existencia de una tradición progresista al interior de las Fuerzas Armadas cuyo origen se remontaba a las revoluciones de independencia y al ideario del General San Martín.

Por otro lado, algunos entrevistados recuerdan que los llamados Frentes de Masas de cada regional partidaria asignaba a ciertos cuadros la tarea de realizar un seguimiento político de determinados oficiales a quienes se debía visitar con regularidad.

Los propios conscriptos eran valiosas piezas en la intromisión en el mundo militar, tanto por la labor de propaganda política que pudieran realizar entre sus pares, como por la información que podían obtener desde adentro.

Toda esta “maquinaria” partidaria al servicio de influir en las Fuerzas Armadas, va a incrementar su actividad conforme la crisis política abierta con la muerte de Perón se intensifique. Los llamados a la unidad de las fuerzas civiles y militares constituyeron la piedra angular de los planteos del PC en los diversos ámbitos de participación, Se trataba de una propuesta defensiva: como hemos dicho, las soluciones revolucionarias a la crisis eran descartadas a falta de las condiciones “objetivas”. En cambio, preocupaba la evolución de la situación interna del gobierno peronista hegemonizado por la facción lopezrreguista y la posible derivación en un golpe por parte de sectores militares de derecha, al estilo Pinochet.

Un rasgo importante a destacar es que la política de “convergencia cívico militar” hasta el golpe militar, fue llevada adelante por el conjunto de la militancia partidaria, con un grado considerablemente alto de cohesión interna.

Aun con las contradicciones que aparecen en el recuerdo de los militantes (mucho más si se tiene en cuenta el repudio social ganado por la corporación militar en su conjunto desde 1983) existe una notable coincidencia en afirmar que durante 1975 no existían cuestionamientos a la línea oficial del partido.





Esta homogeneidad política refuerza la idea de que el llamado a los militares a intervenir en la crisis no era de un elemento aislado de la política del PC sino constitutivo de su programa. Un ejemplo lo brinda el testimonio de Thelma en ese entonces estudiante de la carrera de psicología en la Universidad de Mar del Plata

...Nosotros militamos absolutamente contra el golpe, diciendo que el golpe venía. Nosotros hacíamos particular hincapié en Pinochet. Había sido en el `73 el golpe de Estado chileno y nosotros decíamos que el golpe que venía era al estilo pinochetista (...)

P: ¿Y cómo procesaban los militantes la línea de la convergencia cívico militar?

R: A ver... no sé si hubo tanta discusión. De todas formas, yo la verdad es que no creo demasiado. No creo, no; en realidad no es real eso de que lo militar... [Quiere insinuar “de lo militar por un lado y lo político por otro”] la prueba está en que los militares salieron porque lo ordenan los civiles. Por lo tanto a mí, la verdad, lo cívico militar, no era algo que me jorbara, toda la historia me demostró que no son los militares que salen por su cuenta (...). Nosotros hicimos un trabajo con los militares. Nosotros íbamos a ver a los soldados, eh... a la salida de los cuarteles, íbamos a ver a los militares. En el verano íbamos a hacer volanteadas y a charlar, a charlar con ellos: que se viene el golpe, qué papel tienen que jugar ustedes...

P: ¿Y creían que efectivamente había un sector que podía oponerse?

R: Y creo que sí, creo que sí. Que había. Si me preguntas a mí personalmente, me costaba mucho todo lo que tuviera uniforme, me costaba... pero de todas formas yo tenía que salirme de eso y tenía que ver la política que se intentaba y la verdad yo pensaba que, o sea, nunca estuve convencida de que eso diera frutos, pero sí creía que era una... a ver... a veces creo que tiene que ver con que para cambiar la realidad uno se tiene que meter en el barro¹²

¹² Entrevista a Thelma, realizada por Natalia Casola. Capital Federal, 20 de octubre de 2009.

Por otro lado, y así como existía una corriente comunista de formación regular al interior de las FFAA, conformada por suboficiales y oficiales, también contaban con un trabajo sistemático sobre los conscriptos.

El PC nunca había asumido una posición abolicionista en relación al servicio militar obligatorio, al contrario, era defendido argumentando que *“Las leyes elaboradas por Richieri de servicio militar obligatorio y de organización del Ejército, representan primordialmente la democratización e independencia de las Fuerzas Armadas”*¹³

Asimismo siendo los conscriptos el sector más joven y -por su ligazón circunstancial con las fuerzas militares- menos formado ideológicamente de acuerdo a las concepciones castrenses, era visto como un sector ideal para el reclutamiento y la organización en base a demandas específicas.

Los militantes recibían la orden de no evadir el servicio militar, por el contrario, debía ser aprovechado como una instancia de entrenamiento. Con todo, al parecer, la contribución más valorada era la de la obtención de información sobre los movimientos de la oficialidad en los cuarteles.

A lo largo de 1975, la conscripción se transforma en un sector importante de “agitación” política con el propósito de crear un estado de ánimo colectivo entre los soldados, favorable a la oposición al golpe.

Este sector era abordado tanto interna como externamente: por un lado, se los esperaba a la salida de los cuarteles con contingentes de militantes de la zona más cercana, pero por otro, estas tareas eran encomendadas a los militantes que se encontraban realizando la

¹³ Grela, P. (1973) *Fuerzas Armadas y soberanía nacional*. Rosario: Litoral, p. 375.





conscripción. No obstante, al parecer, no se trataba de una tarea asignada a todos los varones en servicio. Según Fantu, responsable del Movimiento de Juventudes Políticas por el PC de Avellaneda, y convocado en 1975 para realizar el servicio militar obligatorio

...tenía que ver con el grado de confianza que tenía cada uno. Porque después durante la dictadura a mi me tocó hacer alguna tarea en el regimiento I y el seguimiento era tan estricto y la mano venía tan dura, que puedo deducir que eran tareas reservadas para gente con un grado de incorporación y un grado de conciencia distinto al del militante común.¹⁴

Fantu relata que el procedimiento usual era retirar al militante un tiempo antes de las tareas públicas con el propósito de alejarlo del seguimiento de los servicios, y prepararlo para realizar tareas dentro de las Fuerzas Armadas. Una vez adentro, y en la medida de las posibilidades, tendría la atención de un compañero entrenado en tareas ilegales. Las tareas podían consistir en difundir volantes y hacer agitación entre la tropa, pero fundamentalmente se valoraban las tareas de inteligencia.

Otro nivel de vínculo entre el partido y las Fuerzas Armadas lo ofrecían las reuniones concertadas por los Frentes de masas con la oficialidad, las cuales pasaron a formar parte de la agenda de actividades obligadas que las regionales debían incluir en sus planificaciones. Rubén, entonces militante de la FJC de Ituzaingó recuerda,

Yo he llevado materiales del partido a las bases, te estoy hablando antes del golpe de Estado, ¿no? Cuando estaba en la comisión de movimientos de masas. Movimiento de masas

¹⁴ Entrevista a Fantu, realizada por Natalia Casola. Buenos Aires, 5 de diciembre de 2009

[aclara] tiene que ver con las comisiones para todo tipo de movimientos, con las iglesias, con las Fuerzas Armadas, con los sindicatos, después se dividían en distintas secciones.

[Nosotros íbamos] a las cuatro bases de la Fuerza Aérea: Palomar, Morón, Moreno y Merlo. Llevábamos materiales y pedíamos una entrevista con alguna autoridad de la propia base. Le dejábamos los materiales y si nos recibía charlábamos. Antes del golpe de Estado ellos estaban muy interesados en los militares portugueses y les llamaba la atención también las reformas de Velazco Alvarado en Perú. En Portugal hubo hasta generales que eran comunistas... les interesaba estas cosas.

P: ¿Cuándo decís ellos, a quienes te referís?

R: A los tipos que entrevistábamos, eran todos altos cuadros de los oficiales (...)¹⁵

Como puede apreciarse, el trabajo con las fuerzas de seguridad y más específicamente con las Fuerzas Armadas involucraba a sectores amplios del partido, incluyendo a la propia base militante que a su vez creía en la potencialidad de las posiciones: aun hoy, Rubén asevera que los oficiales se encontraban genuinamente interesados en Portugal o en Perú, mientras que Thelma cree que existían militares con vocación de resistencia. En cualquier caso, lo que nuestros testimonios corroboran es que las posiciones elaboradas por el partido eran conocidas y aceptadas por el conjunto de la militancia. Posiblemente esta aceptación permita explicar la ausencia de disidencias visibles a partir de la dictadura.

¹⁵Entrevista a Rubén realizada por Natalia Casola. Buenos Aires, 17 de diciembre de 2009.





La experiencia de la Unidad Popular y su influencia en el PCA

Un aspecto poco analizado, pero fundamental, para una explicación sobre el origen de la adopción de la línea de “convergencia cívico militar” por parte del PC Argentino (a partir de ahora PCA), es el de la influencia ejercida por la experiencia chilena, y el balance realizado en torno a las razones que condujeron al fracaso del gobierno de la Unidad Popular en septiembre de 1973, del cual el PC Chileno (PCCH) había formado parte fundamental (junto a otras fuerzas de menor influencia como el Partido Radical, el Partido Socialista, y sectores democristianos).

En términos generales, el PCCH sostendría que la política seguida había sido esencialmente correcta y que la derrota de la Unidad Popular, circunstancial, de ningún modo ponía entredicho la estrategia de “*vía pacífica al socialismo*”. Se reivindicaba el empeño puesto por el partido en mantener niveles de alianzas amplias con la finalidad de contrarrestar los elementos “antinacionales”, rechazando en el camino, las salidas violentas que tradujeran la lucha de clases al terreno de la contienda física cuyos resultados eran inciertos, una “aventura”.

En cambio, para el PCCH, el peso de la derrota caía sobre el accionar “desestabilizante” de la “ultraizquierda” que había ayudado a desgastar al gobierno, dividiendo sus filas y entregando en los brazos enemigos a potenciales aliados.

Incluso resalta (determinando la orientación seguida por el PCCH hasta 1980) la confianza, aun después del golpe, en el papel que podían jugar los sectores leales de las Fuerzas Armadas en la organización de un contragolpe. Con el tiempo, y frente a la inacción de este sector, se iría imponiendo la idea de “*vacío histórico*” o autocrítica en relación a la “insuficiente” influencia alcanzada en este sector. La reflexión no recaía, entonces, sobre la estrategia política, los límites del planteo de

la revolución democrática y de la herramienta de frente popular, sino sobre errores “técnicos”, la escasa preparación militar propia o la influencia limitada sobre las Fuerzas Armadas¹⁶.

Con todo, en este marco, es comprensible que su contraparte en Argentina encontrase en Chile el ejemplo necesario de lo que podría suceder si no se lograba comprometer a las Fuerzas Armadas en dicho planteo. Si la derrota chilena podía ser explicada por el insuficiente trabajo entre las Fuerzas Armadas, la mejor manera de evitar la repetición de la experiencia de sus compatriotas era realizando un seguimiento estrecho de las internas militares, aprovechando las fisuras en función de intereses propios.

De igual manera, el segundo elemento de la autocrítica emprendida por el PCCH, la incapacidad para conseguir el acuerdo de la Democracia Cristiana, también funcionaba como una ratificación de la estrategia política principal, sirviendo a los argentinos en 1975 de argumento para profundizar la propuesta de “amplia coalición democrática” como alternativa al golpe.

En definitiva, como ya se ha anticipado, el principal factor que el PCCH encontraba como explicación de la derrota era el papel divisionista jugado por los sectores de la “ultraizquierda”: el “sectarismo” del Partido Socialista renuente a aceptar en las filas de la Unidad Popular a la DC, pero fundamentalmente el papel “ultraísta” del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

Y, esta acusación sobre la izquierda servirá de igual manera a los comunistas argentinos, quienes denunciaban denodadamente el papel “provocador” y “funcional a la derecha” jugado por la izquierda revolucionaria en general. Paradójicamente, en ambos casos, la

¹⁶ Véase Corvalán, L. Informe al pleno de agosto de 1977, del Comité Central del Partido Comunista de Chile pp.11 y 12.





delimitación respecto de la izquierda (en cuanto a método, pero fundamentalmente en relación al alcance de las tareas revolucionarias que debían llevarse adelante) confluía con los discursos que desde la derecha civil y militar clamaban por el “orden” y la “pacificación” del país, en el caso argentino, incluso abriéndole paso.

En septiembre de 1974, la dirección clandestina del PCCH publica un documento titulado “*La ultraizquierda, caballo de Troya del imperialismo*”, en el cual se acusa abiertamente al MIR de converger objetivamente con los sectores golpistas.

Nuestra experiencia nos demuestra cuán caro paga el movimiento popular su debilitamiento interno cuando una parte de la pequeña burguesía deriva al “revolucionarismo”, al espontaneísmo de izquierda y en vez de acercarse a las posiciones del proletariado intentan una política de división y enfrentamiento respecto de los partidos obreros”... “Sí, el terrorismo a fuerza de ser inútil para el pueblo sirve a la reacción. Nada de eso ocurre con la lucha de masas real ¿No advierten acaso los miristas con qué cuidado la dictadura oculta las acciones de masas como paros, huelgas, actos, etc, que se desarrollan ya por docenas y con elevados niveles de combatividad en múltiples centros proletarios y de otras capas sociales?¹⁷

Con igual tono, *Nuestra Palabra*, órgano del PCA, editorializaba al respecto en septiembre de 1973, extrayendo conclusiones importantes para la Argentina,

Las acciones terroristas de la derecha, y también las de la ultraizquierda, impidieron en Chile ampliar el frente inicial. Esta última –en Chile como en Bolivia- contribuyó con su infantilismo extremista a debilitar al gobierno de la Unidad Popular, a alejar a vastos sectores de la clase media y a los elementos vacilantes de las Fuerzas Armadas confundidos por

¹⁷ Mario Zamorano, “La ultraizquierda, caballo de Troya del imperialismo” citado de: Archivo CEME “La desolación de los años de plomo (1973-1980)” <http://www.archivochile.com/entrada.html>

la derecha, a dar armas de propaganda a los saboteadores y golpistas que, bajo la batuta de la CIA y de la ITT y la ayuda de la dictadura brasileña, armaron e impulsaron a los militares traidores.¹⁸

En la misma dirección, advertía la editorial del 24 de octubre de 1973 titulada “*Ultraísmo y contrarrevolución*”, revelando que, en el fondo, lo que los oponía a la “ultraizquierda” no era solo los métodos de construcción y de lucha política sino dos maneras de entender la revolución.

...Hay muchas cosas que unifican a todas estas tendencias (ultraizquierdistas) a pesar de su aparente diversidad: su ideología pequeño burguesa... No comprenden que la actual etapa de la revolución en nuestro país no es socialista, sino que es democrática, agraria y antimperialista, la cual abrirá el camino al socialismo (...) Combaten como a “enemigos principales” a la burguesía nacional y a la pequeña burguesía, arrojándolas en manos del imperialismo yanqui, de los terratenientes y gorilas, como en Chile.

La misma actitud perniciosa asume frente a las Fuerzas Armadas y a la masa católica (...) No entienden los papeles diferentes, pero igualmente útiles, que juegan algunos militares... contribuyendo de ese modo a emblocarlos con la derecha golpista y proimperialista, exactamente como ha ocurrido en Chile.¹⁹

En consecuencia, no había elementos en el análisis de la frustración de la “vía chilena” que permitiera a los argentinos extraer conclusiones que reorientaran la actividad partidaria conforme la crisis política se agudizaba. Por el contrario, la derrota, afianza al PCA en su orientación política, resumida en la estrategia del Frente Democrático Nacional,

¹⁸ Nuestra Palabra, 2da Época, Año 1, N° 13, Buenos Aires, miércoles 19 de septiembre de 1973.

¹⁹ Nuestra Palabra, 2da Época, Año I N° 18, Buenos Aires, miércoles 24 de octubre de 1973.





favoreciendo la emergencia de la política de “convergencia cívico militar” a comienzos de 1975.

Para los comunistas argentinos, las lecciones a extraer de Chile era claras: había que evitar repetir la experiencia del país hermano bregando por la conformación de un bloque amplio y democrático que incorporara a las Fuerzas Armadas y neutralizara la acción tanto de la derecha -no casualmente denominada “pinochetista”- como de la “ultraizquierda”, instrumento “inconsciente” de la reacción.

No obstante, resulta interesante realizar una observación adicional en el sentido de mostrar que las conclusiones sobre el caso chileno al tiempo que facilitaban la emergencia de la línea de “convergencia cívico militar”, bloqueaba la posibilidad de un análisis “precavido” respecto de los sectores constitucionalistas o profesionalistas de las Fuerzas Armadas. Dicho de otro modo, llama la atención que la revelación de Pinochet como general golpista durante la jornada del propio golpe septembrino no haya alertado a los comunistas argentinos sobre los propósitos ocultos de los militares “profesionalistas”, supuestamente respetuosos de las instituciones democráticas como lo eran Videla o Viola en 1975.

Posiblemente, el mote de “traidor a la patria” haya colaborado en canalizar la explicación del viraje de Pinochet en términos individuales y no como el resultado de una institución que giraba de conjunto y se homogeneizaba detrás de las banderas del anticomunismo. La limitación al caso, o bien la negación a realizar una autocrítica que los condujera a una revisión más profunda de su estrategia, pudo entonces, haber neutralizado la emergencia de un cuestionamiento hacia las lecturas partidarias de las internas militares, reafirmando la confianza en contar con sectores que en situaciones liminares se colocasen detrás de los planteos de defensa de la democracia.

Conclusión

De conjunto, los datos señalados se encuentran orientados a demostrar que la convergencia cívico militar formaba parte constitutiva del programa político del PC moldeado por la concepción más amplia de Frente Democrático Nacional; es decir, si bien esta política, tal como fue propuesta en 1975, se corresponde con el análisis partidario acerca de la evolución de la coyuntura política, su aceptación por parte de la militancia y la puesta en acción de un dispositivo de vínculos con las Fuerzas Armadas con vistas a su concreción, reflejaba una actividad de largo aliento que permite distinguirla de otras variantes cívico militares propuestas por la mayoría de los partidos políticos mayoritarios.

Sin embargo, y al mismo tiempo, la apelación a la participación de los militares progresistas y moderados, en la creencia de que este último sector existía en la fracción “profesionalista” encabezada por Videla, confluyó con el resto del arco civil que solicitaba la intervención militar y la represión sobre un enemigo “subversivo” de características imprecisas.

En relación a las raíces programáticas se advirtió que el trabajo al interior de las Fuerzas Armadas se correspondía con la estrategia *etapista* de la revolución, según la cual, Argentina, en tanto país semicolonial, debía atravesar inevitablemente por un periodo de *revolución democrática*. De acuerdo con esta meta planteaban la democratización institucional, lo que no suponía transformar la estructura verticalista de mandos sino la orientación institucional que las guiaba en función de objetivos antiimperialistas que permitieran desarrollar las contradicciones entre los intereses de las potencias y los de la burguesía nacional. En este punto, fueron puestos en relieve las





contradicciones que esta concepción suponía así como sus derivaciones políticas:

En primer lugar, la supuesta progresividad de la burguesía nacional y de los oficiales democráticos, los condujo a desarrollar un modo de construcción política que llamamos “posibilista”. La elección en todos los casos del “enemigo principal” justificaba la alianza con sectores de dudosa vocación democrática. Fue lo ocurrido cuando la crisis entre “azules” y “colorados” estallara tomando partido por los primeros; fue lo igualmente acontecido en 1975 tanto en relación a la elección táctica de la fracción “profesionalista” frente a la “integracionista”, como en la búsqueda de aliados entre los partidos políticos que operaban a favor de una salida represiva a lo que consideraban el “caos”.

Esta vocación pragmática del comunismo local, engarzaba con una visión, alentada por Moscú desde el XX Congreso de 1956, en relación a las posibles vías de la revolución, habilitando (al menos potencialmente) el apoyo a un golpe militar si este era ejecutado por un sector progresista de las Fuerzas Armadas. Es decir que la defensa de la democracia no debe ser equiparada con una posición antimilitarista. Al contrario, la intervención militar en la política era alentada como un signo positivo si esta apuntaba a confluir con los intereses de la alianza antiimperialista. La paradoja, sin embargo, fue que esta concepción colaboró en la legitimación de la elevación de los niveles de autonomía militar que a la postre conducirá a la experiencia abierta el 24 de marzo de 1976.

Por último, fueron expuestos los motivos por los cuales el golpe de Estado en Chile en 1973 reforzaba los argumentos que permitieron la emergencia en Argentina de la línea de “convergencia cívico militar”.

Para el PCCH la derrota de la experiencia de la Unidad Popular no debía explicarse a partir de errores en la orientación general seguida bajo el gobierno de Allende. La política de alianzas amplias y de búsqueda de un entendimiento con la Democracia Cristiana había sido correcta. Del mismo modo se valoraba el papel de los uniformados leales en quienes se conservaba la esperanza de que se transformasen en la “vanguardia” de un frente de resistencia a la dictadura. Por el contrario, el peso de la condena recaía sobre el papel de la llamada “ultraizquierda”, especialmente el MIR contra el que se dirigían especialmente. En su visión, estas organizaciones, con su política de movilización y crítica, habían jugado el papel de instrumento de la derecha y de la reacción ayudando a debilitar al gobierno. Atendiendo a estos argumentos, puede entenderse que los comunistas argentinos viesan en Chile el espejo de lo que ocurriría si, al igual que ellos, no conseguían neutralizar la acción de la “ultraizquierda” o si fracasaban en concretar una alianza con el arco político, percibido como el único capaz de impedir la concreción de un golpe de naturaleza similar, un golpe como el que finalmente fue.





Bibliografía

CAMPIONE, Daniel, (1996) “Los comunistas argentinos. Bases para reconstruir su historia” en www.fisyp.org.ar

CODOVILLA, Vitorio, (1964), *Una trayectoria consecuyente*. 2da edición. Tomo IV, Buenos Aires: Editorial Anteo

FAVA, Athos, (1983), *¿Qué es el Partido Comunista?* Buenos Aires: Sudamericana

FRANCO, Marina, (2009) “La “seguridad nacional” como política estatal en la Argentina de los años setenta” en *Antíteses*, vol. 2, nº 4, jul.-dic. p- 858 disponible en línea: <http://www.uel.br/revistas/uel/index.php/antiteses>

GILBERT, Isidoro, (2007) *El Oro de Moscú*. 2da Edición, Buenos Aires: Sudamericana

----- (2009), *La Fede. Alistándose para la revolución*. Buenos Aires: Sudamericana,

GRELA, Plácido (1973), *Fuerzas Armadas y soberanía nacional*, Rosario: Ed. Litoral

GUERRERO, Alejandro (2009), *El peronismo armado*. Buenos Aires: Norma

LÓPEZ, Ernesto, (1994), *Ni la ceniza ni la gloria, Actores, sistema político y cuestión militar en los años de Alfonsín*. Buenos Aires: UNQUI

HUNTINGTON, Samuel (1957) *The Soldier and the State: the theory and politics of civil-military relations*, Cambridge, Mass

SEOANE, María, MULEIRO, Vicente, (2001) *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires: de bolsillo.